

# OLLAS COMUNES EN SANTIAGO: disrupción y trascendencia (2019–2021)

Este ensayo monográfico nace de una reflexión sobre las ollas comunes en Santiago de Chile entre 2019 y 2021, debido a su reaparición por la revuelta social (2019) y la pandemia COVID-19 (2020-2021). Se establece una conexión histórica entre hoy y el período de dictadura en Chile (1973-1990), para argumentar que las ollas comunes se configuran como ejes disruptivos dentro de la sociedad chilena por sus lógicas de funcionamiento, que van en contra de los estándares neoliberales imperantes.

**Palabras clave:** *ollas comunes, sociedad chilena, ejes disruptivos, estallido social.*

**POR SOL ZAMORANO LEYTON | FOTOS: SERGIO INFANTE.**

En Latinoamérica, Santiago de Chile es percibido como uno de los centros urbanos con mejor calidad de vida, con mayores índices de crecimiento económico y desarrollo social. Sin embargo, la realidad dentro del país es muy diferente, puesto que aún cuando haya cifras positivas respecto al crecimiento económico nacional, no se ve reflejado en la calidad de vida de los y las pobladoras más pobres, configurándose la capital como una ciudad con altos índices de urbanización y en constante modernización, pero muy segregada. Esta segregación no es sólo territorial, sino también política, social y económica; el acceso al trabajo, centros de salud, instituciones educacionales -y otros espacios que permiten la participación pública- son de difícil acceso. Lo anterior repercute en una pérdida del espacio público físico y de la sociedad política por parte de una población a menudo marginalizada (Rodríguez y Winchester, 2001).

Dentro de este contexto, se vuelve pertinente rescatar lo que ocurrió en la Dictadura militar en Chile entre 1973 y 1990, para entender las bases del funcionamiento del país (Hardy, 2020). La relevancia de dicho período para este artículo radica en que **fue durante esos años que se implantó el modelo neoliberal en Chile** y con ello, la idea del **Estado Subsidiario**. Esto es fundamental para comprender la motivación de las organizaciones comunitarias, puesto que desde esta lógica, el Estado funciona como un ente

que ampara las maniobras del mercado y deja a su suerte a la mayoría de la población que no cuenta con un trabajo estable. Cuando es así, las condiciones laborales son precarias y los sueldos no son suficientes para cubrir siquiera las necesidades básicas (Huerta Moreno, 2005).

Ahora bien, es preciso especificar cómo se entenderá el **concepto de calidad de vida**, puesto que aún cuando es una dimensión subjetiva que varía de acuerdo a los contextos, igual es medida con estándares que indican el nivel de satisfacción y condiciones materiales. Estas pueden ser subdivididas en elementos como el acceso a áreas verdes, nivel de independencia económica, relaciones sociales y, por supuesto, la autopercepción respecto a la suficiencia de las condiciones materiales, propias de la subjetividad particular. Por lo tanto, la calidad de vida hace referencia a una serie de **dimensiones materiales, sociales, culturales y personales que, en su conjunto y complementariedad, debieran generar una sensación de satisfacción y bienestar** (Urzúa y Caqueo, 2012).

En un amplio marco de segregación y pobreza multidimensional, históricamente las comunidades más vulnerables se han visto en la necesidad de organizarse y hacer frente a las necesidades que el Estado no cubre. Ante esto, han surgido una serie de organizaciones autónomas

enfocadas en la educación, el deporte, la entretención, la alimentación, entre otras. Estas organizaciones se pueden entender desde una perspectiva alejada de la institucionalidad y legitimidad, ya que se configuran como una forma de resistencia ante un modelo segregador e impersonal, una resistencia hacia un cierto poder legitimado (Castro-Gómez, 2010). Así, desde una realidad ajena a la que se vive dentro de los círculos político-institucionales, las comunidades se organizan en función de sus necesidades y se convierten en protagonistas de su propia historia.

Bajo la misma línea, la organización que se genera en torno a la alimentación, en Chile se desarrolla desde -por lo menos- fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, como reacción a la pobreza causada por factores estructurales, dando paso así a lo que recibe el nombre de **Olla Común** (Hardy, 2020).

Las Ollas Comunes son **organizaciones autogestionadas y alejadas de los marcos normativos institucionales, que surgen y se desarrollan con el fin de cubrir la necesidad de la alimentación en territorios donde los y las pobladoras no cuentan con las condiciones socio-materiales necesarias para saciar dicha necesidad de manera individual**. Es en ese contexto, que la imagen de mujeres que se organizan y acuden colectivamente a cocinar para poblaciones completas, utilizando grandes ollas y tomando los resguardos sanitarios necesarios, se ha vuelto un



ícono para **la autogestión** en Chile. Durante el período más agudo de la crisis sociosanitaria (2020-2021), se generaron aproximadamente 200 Ollas Comunes en todo Santiago (Hardy, 2020), lo que puso de manifiesto que se configuran como un “ejemplo de la lucha de un pueblo que, unido, es capaz de organizarse por sí solo en la adversidad de su propia historia” (Espinoza, 2020).

Con la implantación del neoliberalismo en Chile durante el período dictatorial, las comunidades se han visto en la necesidad de generar alternativas que mediante la solidaridad popular, les permitan cubrir aquello que el Estado no considera (Petras, 2003). Tal como sugiere Hardy (2020), estas organizaciones, protagonizadas por dueñas de casa, **consiguieron articular un tejido social complejo, con lógicas propias y autónomas de democracia y funcionamiento**, lo que contribuyó a generar no sólo un consenso popular sobre la importancia de la organización territorial autónoma, sino además una **memoria colectiva** que continúa vigente. Precisamente es esa memoria la que se hizo patente durante 2020, en el período más grave de la pandemia por COVID-19 e incluso hasta hoy, en el marco de una crisis social y humanitaria.

Entendiendo que “los actuales niveles de desconfianza que proliferan en democracias de baja densidad participativa, en sociedades que como la chilena están marcadas por las desigualdades, requieren actores sociales colectivos que permitan tejer lazos de la política con la ciudadanía” (Hardy, 2020, p. 11), resulta interesante rescatar y profundizar en este tipo de organización, debido a su trascendencia histórica a nivel nacional, que se configura como una práctica que se hace notar con fuerza y que permite distinguir de forma concreta las falencias del sistema de participación institucional vigente.

Otro aspecto a relevar sobre las Ollas Comunes es el protagonismo de mujeres y su aparición en cargos de dirigencia de la organización popular. No es sino por la activa participación, compromiso y organización de las mujeres dueñas de casa que las Ollas Comunes logran cubrir la alimentación de poblaciones completas, construyendo redes de resistencia ante las falencias estructurales del diario vivir. Labores que suelen ser concebidas como domésticas y privadas pasan a adquirir un valor social y público, lo

que trae implicaciones contradictorias. Las Ollas Comunes son interesantes de estudiar porque atañen a la coyuntura nacional; son un fenómeno que cargado de unas condiciones históricas determinadas, ocurren de la forma en que necesariamente deben hacerlo (Lefort, 1990). Con el curso y el peso de la historia, se generaron las condiciones para que se posicionaran como una forma de organización popular tradicional en Chile. Esto resulta relevante, pues se vuelve paradójico que una forma de resistencia generada para saciar una necesidad tan básica, se vuelva tradicional en la historia de un territorio, en lugar de instituirse como una excepción.

Es posible notar que las organizaciones populares y específicamente las Ollas Comunes, se insertan en un orden social establecido, rompen con el status quo y establecen uno nuevo, propio, que se adapta a la realidad que habitan los y las pobladoras (Matus, 2009). Las Ollas Comunes se configuran como una forma de resistencia, como contra-hegemonía organizada (Godínez, 2021). Es por lo mismo que se abordarán temas referidos no

sólo a la trascendencia temporal con la que cuenta este tipo de organización, sino también a la disrupción que generan en la sociedad chilena. Esto último se puede entender desde la observación de la construcción de un orden organizativo deslegitimado por la institucionalidad y un funcionamiento que opera con lógicas inversas a las comunes, por ejemplo, en cuanto al liderazgo femenino y a los valores que rigen a la organización (Hardy, 2020).

Ante lo expuesto, este artículo busca responder a la pregunta de **¿Por qué las Ollas Comunes se configuran como un eje disruptivo desde la resistencia de poder, y trascendentes en la historia de la sociedad chilena (2019-2021)?** Se realizará un análisis e investigación situada en el período entre 2019 y 2021 en Santiago de Chile, con el objetivo de reflexionar respecto a la disrupción desde la resistencia de poder y trascendencia histórica de las Ollas Comunes en Chile (2019-2021). También se buscará describir la resistencia de poder como un eje disruptivo y comprender la trascendencia y particularidades de las



Ollas Comunes en Chile.

Se realizará una búsqueda bibliográfica que permita sustentar teóricamente las reflexiones, desde una perspectiva histórico-sociológica. Se enfatizará principalmente en la autora Clarisa Hardy (2020), debido a su constante investigación y publicaciones sobre las Ollas Comunes como forma de autogestión, desde los tiempos de Dictadura militar hasta hoy. Además, se reflexionará en torno a los planteamientos de la Dra. Kathya Araujo (2019), debido a su pertinencia para analizar la crisis social que estalló en octubre de 2019 y que dio paso al resurgimiento de Ollas Comunes. ¿Por qué se da tanto énfasis a la reflexión? Pues porque se entiende que la teorización no es el único lugar en donde pueden encontrarse respuestas a los temas de investigación. La transdisciplinariedad, entendida como el entramado construido entre diversas formas de llegar al saber, permite articular una retroalimentación entre aquello que ya se ha teorizado y aquello que se reflexiona a partir de las experiencias e ideas mismas de quien escribe (Ortega, 2015).



## LA RESISTENCIA COMO EJE DISRUPTIVO

El proceso de segregación hacia sectores periféricos va en aumento, lo que se explica por “la marcada preeminencia de un mercado desregulado en la asignación de recursos, en la localización de las inversiones para servicios básicos así como en infraestructura urbana” (Rodríguez y Winchester, 2001). Sumado a lo anterior, existe también en Chile una **pobreza multidimensional**. Es necesario precisar que se hace referencia a una **red relacional de privación de herramientas necesarias** para funcionamiento y desarrollo adecuados dentro de una sociedad (Denis, Gallegos y Sanhueza, 2010).

Ahora bien, considerando la crisis provocada por la pandemia de COVID-19 en 2020, la situación se radicalizó debido a las limitaciones sanitarias, la precariedad de las viviendas, el difícil acceso a servicios básicos y la necesidad de salir a trabajar de manera informal a causa de las cifras de desempleo y a la dificultad de acceso al empleo formal que se experimentó en Santiago de Chile (Espinoza, 2020).

Las zonas pobres y segregadas han sido concebidas por la mayoría de la población como sectores alejados del orden normalizado socialmente y, por ende, se les asocia a **la idea de desorden**. ¿Por qué se concibe que la organización está ilegítimamente insertada dentro del orden normalizado y no como un orden alternativo y conviviente con él? Pues porque, tal como sugiere Matus (2009), generalmente se asocia a la idea de desorden **todo aquello que vaya en contra del status quo, y que sea percibido como un eje destabilizador** del mismo. En este sentido, las masas populares han sido históricamente miradas por la sociedad como un desorden, con esta idea de desestabilización de lo catalogado como normal, pues no responden por completo a la norma de homogeneidad que se propone. No obstante, al surgir este desorden dentro de un orden, ¿no se configura un orden al lado de otro?, ¿por qué catalogar como una ruptura del orden a aquello que funciona de forma autónoma, diferida y conviviente con el orden normalizado?

Las organizaciones comunitarias grafican de manera magistral que existe más de un tipo de orden dentro de una misma sociedad y que eso manifiesta que la institucionalidad y su poder, que parece totalizante, son deslegitimados con la existencia de este tipo de disidencias del status quo, que se configuran como resistencias de poder o bien como contra-poderes. De acuerdo a lo planteado por Borón (2006), este contra-poder se posiciona en contra del poder hegemónico, como una respuesta a él y, por lo tanto, poder hegemónico y contra-poder forman una dualidad. Sin embargo, no funcionan como una dualidad estable en el tiempo, sino que eventualmente encuentra una solución; ya sea orientada hacia las demandas enunciadas desde el contra-poder o hacia aquello sujeto al poder hegemónico.

Con esto, cabe cuestionarse si las Ollas Comunes funcionan como contra-poderes. En caso de ser así, debe entenderse que no cuentan con una estabilidad intrínseca, sino que ante cualquier eventualidad que mejore la situación socioeconómica de las personas -aunque sea transitoriamente-, se disuelven. En cambio, si se concibe que funcionan como articulaciones sociales espacio-temporales trascendentes y con una estabilidad no necesariamente material, pero sí desde el plano de la experiencia que se ha patentado históricamente, generando gérmenes organizativos casi indestructibles, entonces es posible establecer que aún cuando la emergencia alimentaria se apacigüe, la organización no habrá muerto realmente, sólo se habrá disipado de manera transitoria.

Si bien las Ollas Comunes surgen desde la inmediatez de las emergencias alimentarias y, por ende, son efectos de la contingencia propia de lo social, no se configuran como organizaciones articuladas con lógicas de contra-poder, pues cuentan con una trascendencia no sólo temporal, sino que también **cuentan con una dimensión simbólica fundamental, que nunca les permite desaparecer del todo**. Esto evidencia que los fantasmas del pasado están siempre presentes desde lo simbólico, y acompañan la

construcción del futuro. Por lo tanto, si bien la organización pareciera disiparse en términos materiales, desde lo simbólico y en términos de memoria colectiva, jamás desaparece.

Las organizaciones comunitarias pueden ser comprendidas, desde la perspectiva de Foucault (2007), como **una resistencia a un poder que se deja ver como totalizante**, entendiendo que no existe tal cosa como un poder sin resistencia, pues es ésta la que permite aseverar que se está ejerciendo poder. Es posible reconocer una lucha de poderes ordenada en torno a "una fuerza (...) en la cual actúan las mutuas capacidades de presión, persuasión e influjo (...) se teje una red de poderes" (Illanes, 2006, p.29). Se genera, entonces, en esta tensión entre una multiplicidad de poderes, una tensión entre lo institucional y legítimo -ante los ojos de la institucionalidad- y lo des-ordenado, lo que está fuera de cuadro, este punto de fuga que son las organizaciones populares. Históricamente las organizaciones populares se han configurado como un eje de resistencia, una articulación de poder que se direcciona ante lo establecido por el Estado y la institucionalidad.

Autores como Foucault plantean que el Estado, desde la concepción actual, funciona como una especie de ente invisible que pretende regular y encauzar las acciones de los sujetos y establecer una forma única de actuar (2003). No obstante lo anterior, el poder no reside sólo en ese ente llamado Estado, sino también en las particularidades y condiciones de posibilidad a las que puede acceder cada persona. **El poder no es estático ni totalizante, es dinámico, está siempre en disputa y que puede residir en más de un lugar de forma simultánea.** El poder es un constante tira y afloja y en este caso particular, entre quienes defienden el orden que ha pretendido convertirse en un régimen de verdad y quienes pretenden resignificarlo. Se genera, entonces, una lucha por el sentido de aquello que norma nuestra manera de ver y actuar en el mundo (Grüner, 1995). Respecto a la dimensión de resistencia de poder que constituyen las Ollas Comunes, es de suma relevancia establecer cuáles son sus límites. Cuando se desarrolla esta idea, no se quiere decir que intentan resistir en el sentido revolucionario marxista de la palabra, sino que **se configuran como una articulación que se resiste a lo homogéneo.** Se resiste

a funcionar como se pretende que funcione el mundo social visto como un todo. Y esta resistencia puede no ser voluntaria, pues nace desde una necesidad inherente al ser humano: la necesidad de alimentación. Entonces, no resisten intentando disputar el poder institucional totalizante, sino que resisten intentando funcionar bajo sus propias lógicas, porque aquellas que se imponen desde los dispositivos de dominación no les alcanzan, no se les adaptan. **Lo impuesto no atiende a la heterogeneidad social, sino que presume que lo social funciona homogéneamente.**

Entonces, ¿qué tan legítima es una sociedad que deja fuera a la mayoría de la población que debería componerla? ¿Cuál es la disidencia del régimen de verdad: la organización popular o la disciplina que históricamente se ha intentado instaurar en Chile desde las cúpulas de poder? En este sentido, cabe reflexionar respecto al eje disruptivo que se consolida con el ejercicio de resistencia de poder desde las Ollas Comunes, pues se posicionan como novedad en situaciones de emergencia social, aún cuando es de público conocimiento que cuentan con una importante trayectoria histórica a nivel nacional.

## UN FENÓMENO TRASCENDENTE Y MULTIDIMENSIONAL

Es necesario reflexionar sobre las iniciativas territoriales de solidaridad que surgieron durante la Dictadura, y las directrices que han brindado para períodos de crisis. Para esto, se presentarán los planteamientos de **Clarisa Hardy (2020)**, quien ha aportado con importantes investigaciones sobre las Ollas Comunes, desde sus inicios hasta la actualidad.

En primer lugar, es preciso ahondar en el contexto que hubo después del **golpe de Estado de 1973**. Posterior al ataque militar del 11 de septiembre, una ola de violencia, represión e incertidumbre desoló a miles de personas, no sólo a aquellas que ya experimentaban una realidad vulnerable, sino que también hundió a cientos de familias en la pobreza. Series de despidos, tasas de desempleo al alza, persecuciones políticas constantes y una avalancha de otros eventos que generaban una vida indigna e incierta dieron paso -obligadamente- a la búsqueda de formas de sustentar a familias y comunidades completas. Así fue como se dio paso a la más simbólica oleada de ollas comunes en Chile: **las Ollas Comunes de la Dictadura.**

Durante 17 años se establecieron lógicas neoliberales, que generaron pobreza y desigualdad. En dicho período, **las organizaciones territoriales fueron un eje fundamental de ataque y resistencia** (Colectivo de Trabajo Social, 1984). Ataque a las necesidades que nacían

producto de la profunda pobreza y resistencia ante la represión, la persecución y el carácter de clandestinidad que debían tener muchas de las articulaciones sociales que surgieron o que se crearon durante el período. ¿Por qué es relevante mencionar esto? Porque es un antecedente relevante para analizar el camino de las organizaciones comunitarias en Chile y porque en más de una dimensión, guarda estrecha relación con el contexto nacional actual.

En la década de los 80, se configuró un nuevo actor social: el **actor social popular** (Hardy, 2020). Esto, en respuesta sobre todo a la pobreza multidimensional que comenzó a desarrollarse en Chile, pero también como réplica a la creciente conciencia de la estructuralidad y las consecuencias del nuevo modelo neoliberal. De esta manera, además de intentar reconstruir el tejido social destruido por el golpe militar, se generó un ánimo de transformación, de dejar a un lado el fatalismo y la exclusión que penetró en los territorios. Entonces, junto con **organizarse para subsistir, lo hicieron para resistir y construir colectivamente un futuro que no está -y nunca ha estado- escrito.**

Ahora bien, pasando al período temporal es preciso contextualizar que con la crisis socio-sanitaria que afectó al país desde 2020, han salido a flote las falencias a la hora de cubrir las necesidades básicas de los sectores



marginados de la sociedad. Es así como resurgieron las Ollas Comunes y se fortalecieron también una serie de otras organizaciones populares.

En octubre de 2019 se sirvió aquello que se cocinó durante décadas; la olla a presión que contenía todas las desigualdades y abusos acumulados durante años, estalló. Ante la rabia, la impotencia y el sentimiento de abandono, la población salió a las calles golpeando ollas para exigir dignidad. Comenzó a generarse también una articulación social consistente, además de iniciar un ataque contra las necesidades básicas que gran parte de la población tiene, pero que son escondidas en las sombras (Araujo, 2019). Se volvió latente la necesidad de ser parte, de participar, de hacerse y dejarse ver. Se comenzó a gestar desde lo más profundo de la protesta y a partir de la lucha incesante de poderes, **la esperanza de tejer un nuevo entramado social**, de configurar y naturalizar un nuevo tipo de orden, de abandonar **las competencias, los individualismos, las vulneraciones y la explotación, para dar paso a la solidaridad, el compañerismo y la articulación social organizada**.

La legitimidad de aquello que jamás fue considerado legítimo se puso en jaque y comenzó una lucha de poderes, de resistencias, un alzamiento

por recuperar y construir una nueva legitimidad, esta vez más representativa. De esta manera, se volvió aún más evidente el lazo hechizo entre sociedad civil e institucionalidad (Araujo, 2019).

Tomando en cuenta la segregación y pobreza multidimensional, es posible establecer -sin conjeturar demasiado- que la pandemia no golpeó en igual magnitud a todos los sectores de la sociedad. Aumentó la tasa de cesantía, las condiciones laborales se precarizaron y las ayudas sociales por parte del Estado fueron escasas y tardías. Ante esa realidad se creó una **Red de Ollas Comunes de la provincia de Santiago**, que tuvo como fin generar un mapa de apoyo para las familias y comunidades que sufrieran una mayor vulneración en su calidad de vida (Espinoza, 2020).

A partir de aportes voluntarios por parte de vecinos y vecinas, gracias al esfuerzo de decenas de mujeres comprometidas con la reversión de las injusticias sociales y resignadas ante el hecho de que la organización por la vía institucional no resuelve ningún problema, es que se han conformado más de 200 Ollas Comunes en todo Santiago (Hardy, 2020). Por este motivo, es que la organización y solidaridad popular se ha convertido en algo más que una organización alterna para cubrir necesidades

básicas. En última instancia, **han mostrado reconstruir el tejido social, restaurar el sentido de comunidad y fomentar la participación ciudadana**, convirtiendo en central y decisivo el involucramiento de mujeres, tal y como se ha podido analizar a través de experiencias como las ollas comunes (Godínez, 2021, p.213).

Las Ollas Comunes son más que una respuesta inmediata en tiempos de crisis, más que una medida desesperada por acabar con el hambre. Son formas de resistencia ante las injusticias de un modelo de sociedad que desampara y, por lo tanto, mientras este modelo se reproduzca, la organización será necesaria. No por nada cada vez que las desigualdades se hacen notar, las Ollas Comunes resurgen. En este sentido, se vuelve pertinente reflexionar sobre que cada vez que el Estado ejerce su poder con fuerza, cada vez que deja su aparente estado de reposo y deja ver su ejercicio en todo su esplendor, surge también -consecuentemente- una resistencia con más fuerza. La resistencia al poder siempre está presente y este constante juego de tira y afloja se desarrolla con una directa proporción: **mientras mayor es la fuerza con la que se ejerce el poder, mayor será la resistencia que se le opone**.



## AUTENTICIDAD Y CONTRADICCIONES DE LAS OLLAS COMUNES

Además de ser un fenómeno trascendente debido a su permanencia en el tiempo y a su re-consolidación en períodos de crisis, las Ollas Comunes cuentan con una serie de particularidades. En términos generales, destacan algunos aspectos como el **liderazgo de las mujeres**, **la autonomía** de los diversos focos en los que se realizan las Ollas Comunes, lo simbólico de su resistencia y su funcionamiento en torno a la subsistencia.

Es fundamental mencionar **el carácter femenino de las Ollas Comunes** (Hardy, 2020). Si bien se puede afirmar que el trabajo de las mujeres dentro de estas organizaciones es una extensión del trabajo doméstico, también es posible constatar que adquiere un valor social, ya no sólo privado. No se trata únicamente de mantener limpio el hogar ni de cocinar a la familia, sino de generar un impacto en la vida de cientos de familias que se ven en la obligación de acudir a las Ollas Comunes diariamente para poder comer. Es en estas instancias donde la acción femenina se despliega, las mujeres toman puestos dirigentes y son protagonistas dentro de la organización (Hardy, 2020). No obstante lo positivo

que un grupo históricamente oprimido tome las riendas de una organización de tal envergadura, también es importante reflexionar sobre la no participación masculina. Y esto último se debe a que la cocina es socialmente atribuida a una labor femenina, una labor que no requiere de mayor especialización y que tampoco aporta ingresos, pues se desarrolla desde y para el mismo hogar. En este marco, la participación femenina adquiere un carácter reivindicativo de aquello que está establecido y se posiciona como una como una divergencia de lo normativo.

También es importante rescatar que, aún cuando las Ollas Comunes sean un fenómeno con una alta difusión debido a su trayectoria y emergencia, **no se configuran en torno a una única red** (Hardy, 2020). Cada una de las organizaciones dedicadas a la preparación y entrega de comida funcionan de forma independiente a las demás. Cada sector territorial tiene sus propias características y por tanto el hambre y las necesidades no se presentan con las mismas particularidades. Pese a la organización diferida de cada una, todas las Ollas Comunes reciben aportes voluntarios

externos, que muchas veces son de vecinas y vecinos de la comunidad o bien de organizaciones no gubernamentales abocadas a este tipo de labores. Lo primero ocurre porque quienes son parte de la organización, también viven en una cuerda floja en lo que respecta a su situación económica (Hardy, 2020), puesto que el modelo no permite a las familias poder hacerse cargo de imprevistos, sino gastar sólo en aquello que es imprescindible. Sin embargo, existe un **mapa virtual que indica las Ollas Comunes que están en funcionamiento** que es útil para quienes podrían necesitar acudir y también para las propias organizaciones, pues permite construir un entramado sobre una misma premisa: **la solidaridad popular**.

En este marco, cabe recalcar dos elementos centrales y característicos: **la autogestión y la subsistencia como una lucha que trasciende la búsqueda por la dignidad y que pasa a ser una lucha por la vida** (Egaña, 2022). Es preciso delimitar la capacidad de autonomía de las Ollas Comunes, pues como se mencionó, igualmente dependen del aporte de organizaciones no gubernamentales; entonces, es en realidad una

autogestión en el sentido de que cada vecina y vecino que participa en la Olla Común, es una pieza activa de su funcionamiento, gestionan por y para sí y su comunidad. En palabras de Hardy (2020), el trabajo colectivo por la subsistencia debe ser eficaz. En un contexto de emergencia, no se espera encontrar una vida digna propiamente tal, sino sobrevivir; el horizonte es contar con alimentación. Y en el camino hacia ese horizonte se construye una vía de dignidad sostenida en la solidaridad y la colectividad.

Es imposible dejar fuera la impredecibilidad de las Ollas Comunes para enfrentar la crisis social que se desató en 2019 y luego con la pandemia por COVID-19. La entrega de alimentos no sólo permitió a las familias solventar algunos gastos -entendiendo que si no acudieran a la Olla Común tendrían que gastar dinero en comida, mientras que asistiendo pueden "ahorrar" para otros gastos-, sino también para entregar alimentos a quienes se enfermaron de COVID-19 y no podían salir de sus hogares a trabajar y/o comprar los insumos necesarios (Vidal, 2021).

Según los testimonios de algunas mujeres que participaban en la organización de Ollas Comunes, las autoridades desconocen la realidad de la mayoría de la población en Chile y por eso, las comunidades recurren a su capacidad organizativa, entendiendo que no sólo conocen desde fuera la realidad de sostener una familia sin los ingresos suficientes, sino que lo experimentan cotidianamente. Entonces, quienes deberían definir si las Ollas Comunes son o no legítimas o si deben ser multadas por infracción a las normas sanitarias, son quienes protagonizan una realidad que requiere con urgencia de una organización que provea de alimento ante la fatal ausencia del Estado (Reyes, 2020).

También es posible dar cuenta de contradicciones que rodean a las Ollas Comunes. El modelo permite a la sociedad civil la autogestión, entendiéndose como una empresa para la subsistencia, sobre las premisas mismas del liberalismo que sugieren la idea de que el destino de las personas está en sus propias manos y que, por ende, deben autofinanciar sus necesidades (de Marinis, 1999). Pero la organización como tal, en sí misma, es una crítica al sistema, puesto que ante la ausencia de providencia estatal, son los grupos humanos organizados quienes deben saciar la necesidad de alimentación. Con ello emprenden su

crítica, aunque tal vez no vociferando sus demandas, pero sí con el hecho mismo de organizarse. ¿Por qué sería esto una crítica al modelo que permite e incluso fomenta la autogestión y el emprendimiento? Pues porque esto no es una fuente de negocios ni tampoco funciona sobre las lógicas neoliberales del lucro, la explotación y la acumulación de dinero. Es vista, entonces, por los predicadores del neoliberalismo, como algo que debe cubrirse, no como una falla del sistema, puesto que en la desigualdad y en las realidades pobres y vulnerables es donde reside el éxito de sí mismos.

## CONCLUSIONES

Las Ollas Comunes, entendidas como articulaciones sociales con un carácter trascendente en el tiempo, la historicidad y sociedad chilena, con un objetivo claro y con un horizonte plantado en la subsistencia, son organizaciones que no desaparecerán por lo pronto. Esto puede ser analizado desde **dos perspectivas contrapuestas: una positiva y una negativa**. La dimensión negativa de que las Ollas Comunes tengan aún más futuro por delante es que de ello se desprende que las situaciones de segregación y pobreza multidimensional seguirán desarrollándose, o bien se mantendrán, y por ende las personas seguirán teniendo la necesidad de organizarse para alimentarse porque sus ingresos no les alcanzan para cubrir los gastos básicos. Y es desde aquí mismo que se desprende la perspectiva positiva del asunto: la organización continuará y junto con ello, se reproducirán lógicas alejadas del individualismo y la competencia. Se seguirán abriendo puertas y construyendo puentes de solidaridad popular, de acompañamiento y potenciamiento entre pares, de crítica al modelo homogeneizante bajo el que nos encontramos inmersos.

En este marco, es preciso retomar la pregunta de investigación sobre los motivos que posicionan a las Ollas Comunes como ejes disruptivos desde la resistencia de poder, y como elementos trascendentes en la sociedad chilena. Se puede determinar que las Ollas Comunes **ponen de manifiesto las falencias estructurales del país, al mismo tiempo que otorgan validez a la organización territorial** y manifiestan la urgencia de cambiar

el fundamento con el que se tiende a justificar que este tipo de articulaciones no son legítimas. Se produce una ruptura de aquello que se considera como normal, se desnaturaliza lo socialmente legitimado. Esta ruptura se manifiesta en la forma de organización interna de este tipo de articulaciones sociales, como también en las formas de relación con lo institucional; pues en este caso, no existe un interés por mantener lazos con algún tipo de institución gubernamental.

Respecto a la noción de las Ollas Comunes como elementos trascendentes en la sociedad chilena, es relevante rescatar que éstas se insertan dentro de un marco que busca el modelamiento de las conductas, que a su vez se inserta en el marco de desmembramiento de las articulaciones y cordones sociales con la llegada del neoliberalismo y la represión de la Dictadura. Eso permite dilucidar que se construyeron y que han persistido en el tiempo debido a que **se ha configurado y reconfigurado constantemente una trinchera de resistencia** organizativa territorial, que ha persistido debido a la profundización de las lógicas neoliberales en el país, aún después del paso a la democracia. En este sentido, se organizan los territorios para saciar el hambre y, por lo mismo, es posible afirmar que la urgencia ante la necesidad permite organizar a grupos originalmente no organizados (Egaña, 2022).

¿Por qué es esto importante?

Porque las Ollas Comunes, pese a ser organizaciones con una larga trayectoria, con un gran peso en la memoria colectiva nacional popular,



no son organizaciones mancomunadas. No cuentan con un hilo conductor de norte a sur del país que las dirija o las organice en conjunto, sino que **cada una de ellas, a partir de una matriz común de subsistencia, funcionan sobre las lógicas propias de su localidad**. Así, una Olla Común de Pudahuel no funciona igual que una Olla Común de Maipú. No porque no respondan esencialmente a lo mismo, sino porque son organizaciones territoriales y como tales, responden a las necesidades y funcionamiento propio de su territorio.

Por otra parte, las organizaciones comunitarias en general funcionan como una forma de lucha por la democracia, creando así una **forma de democracia interna**. Entonces, cabe cuestionarse si efectivamente configuran su lucha a nivel macroestructural. Esto, porque acaban siendo más bien una dimensión de la lucha por la democracia, una recuperación del espacio y el tiempo perdido, en cuanto a las organizaciones sociales que fueron desmembradas durante el período de la Dictadura. Ahora bien, recogiendo la idea de la formación de una democracia interna, ¿no nos encontramos frente a un fenómeno individualista? Pues sí y no. Si ponemos el foco en que son organizaciones creadas para salvar una necesidad contingente, que no pretenden instalarse en la sociedad civil como trincheras de resistencia más allá de la subsistencia, entonces sí se podrían calificar -en cierta forma- de individualistas. Ahora bien, si se analiza desde el punto de vista de la solidaridad popular en los territorios, de la solución autogestionada y desinteresada que se dirige entre y hacia vecinos de una misma localidad, entonces, las Ollas Comunes se configuran como organizaciones colaborativas y formas de resistencia ante el individualismo.

Atendiendo a lo anterior, cabe señalar que la resistencia y las luchas que se van generando a medida que las Ollas Comunes se fortalecen -cuando las crisis alimentarias son muy prolongadas, como fue el caso de la pandemia-, son resistencias y luchas gestadas inconscientemente. Quienes componen la organización no tienen como objetivo el configurarse como actores de resistencia y/o que luchan en contra del modelo, sino que simplemente buscan

articular una organización funcional que sea capaz de financiar y gestionar la alimentación de una determinada comunidad. Y en ese proceso, por las cualidades propias de una organización autogestionada y sin fines de lucro que se desarrolla en medio del neoliberalismo, se posicionan como trincheras de resistencia y lucha.

Finalmente, es relevante recalcar **la importancia de no olvidar**. No sólo el pasado reciente -como podría ser el estallido social y las consecuencias sociales de la pandemia de COVID-19-, sino también mantener siempre presente el pasado de las Ollas Comunes y de las organizaciones comunitarias en general, pues es desde allí que se obtienen **claves fundamentales para comprender el presente** y para construir, paso a paso, un futuro que no mire al futuro. **Un futuro que mire constantemente su proceso de construcción**. Manteniendo como premisa fundamental la agencia de los sujetos, la heterogeneidad social -y su importancia-, con el fin de no dejar de lado aquellas luchas y subjetividades colectivas disidentes del marco normativo, es posible emprender un camino hacia la desnaturalización de lo institucional, sin intenciones homogeneizantes. Esto no sólo desde un sentido no sólo material, sino también simbólico. Dar la relevancia necesaria a la diversidad, pues todos y todas somos parte de ella. No hay un camino fijo que se deba seguir, se pueden construir una serie de caminos diversos y esto no implica, por supuesto, dejar de buscar cambios a gran escala, implica más bien no dejar de considerar la relevancia de los cambios a nivel local. Reconocer también -y sin falta- el valor social del trabajo femenino más allá de lo puramente doméstico, entendiendo que sin ello no habría tal cosa como las Ollas Comunes. Sólo así se dejará de ver como elemento disruptivo a organizaciones que ofrecen **un modo alternativo de vivir**: sobre los valores de la colaboración, la solidaridad, el compañerismo y la atención a lo diverso.

Se hace un llamado, entonces, a atender y no dejar morir a los fantasmas del pasado, porque están aquí, siempre con nosotros, y a no dejar de observar y sorprenderse con el presente por estar calculando un futuro que aún no existe.

## REFERENCIAS

**Araujo, K. (Ed). (2019).** *Hilos tensados. Para leer el octubre chileno.* Santiago: Editorial USACH.

**Boron, A. (2006).** Poder, "contra-poder" y "antipoder". J. Holloway, *Contra y más allá del capital*, 127-147.

**Castro, S. (2010).** Anexo: Historia de la gubernamentalidad después de Foucault. En Foucault, M. *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo.*

**Colectivo de Trabajo Social (1984).** 10 años de Trabajo Social: Notas para una discusión. *Revista de Trabajo Social*, N°42, 5-10.

**De Marinis, P. (1999).** *Gobierno, Gubernamentalidad, Foucault y los Anglofoucaultianos (Un Ensayo sobre la Racionalidad Política del Neoliberalismo).* En García Selgas, F. y Ramos Torres, R. (Eds.): *Retos Actuales de la Teoría Social: Globalidad, Reflexividad y Riesgo.* Centro de Investigaciones Sociológicas. Madrid.

**Denis, A., Gallegos, F., & Sanhueza, C. (2010).** Pobreza multidimensional en Chile: 1990-2009. Documento de Trabajo, ILADES/Universidad Alberto Hurtado, 1-42.

**Egaña, D. (2022).** Organización comunitaria y ausencia del derecho a la alimentación en Chile. *Revista chilena de nutrición*, 49, 43-45.

**Espinoza, D. (23 de julio de 2020).** Ollas comunes: lección de resistencia y solidaridad en tiempos de crisis. *Revista Palabra Pública.* Recuperado de <https://palabrapublica.uchile>.

[cl/2020/07/23/ollas-comunes-resistencia-solidaridad-crisis-2/](https://www.uchile.cl/2020/07/23/ollas-comunes-resistencia-solidaridad-crisis-2/)

**Foucault, M. (2007).** *Historia de la Sexualidad.* Madrid, España: Siglo XXI.

**Foucault, M. (2003).** Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión. Siglo XXI Editores.

**Godínez, L. C. R. (2021).** Comunes frente a los cercamientos y extractivismos de sobreexplotación: una revisión desde el contexto de la pandemia del COVID-19. *UNIVERSITAS. Revista de Filosofía, Derecho y Política*, (36), 206-221.

**Grüner, E. (1995).** Foucault: una política de la interpretación. M. Foucault, Nietzsche, Freud, Marx, 9-28.

**Hardy, C. (2020).** Crisis y Organización Popular: Lecciones para leer el presente y construir el futuro. *Fundación FES.*

**Hardy, C. (2020).** *Hambre + Dignidad = Ollas Comunes.* LOM Ediciones. Recuperado de [https://eurososial.eu/wp-content/uploads/2020/10/Hambredignidad\\_web.pdf](https://eurososial.eu/wp-content/uploads/2020/10/Hambredignidad_web.pdf)

**Hardy, C. (2020).** Organizarse para vivir: Pobreza urbana y organización popular. *LOM Ediciones.*

**Huerta Moreno, M. G. (2005).** El neoliberalismo y la conformación del Estado subsidiario. *Política y cultura*, (24), 121-150.

**Illanes, M.A. (2006).** *Cuerpo y sangre de la política. La construcción histórica de las Visitadoras Sociales (1887-1940).* LOM Ediciones. 11-40.

**Lefort, C. (1990).** La invención democrática. Ediciones Nueva edición, Buenos Aires, 1990. Capítulo Democracia y advenimiento de un "lugar vacío" (pp.187-193)

**Matus, T. (2009).** *Las pioneras del trabajo social en: Mujeres chilenas, fragmentos de una historia.* Compiladora Sonia Montecino. Editorial Catalonia, 2ª Edición Santiago. (pp.219-234).

**Ortega, M. B. (2015).** "Trabajo social como transdisciplina: hacia una teoría de la intervención". *Cinta de Moebio*, (54), 278-289.

**Petras, J. (2003).** Neoliberalismo, resistencia popular y salud mental. *BARBECHO. Revista de Reflexión Socioeducativa* (2), 13-16.

**Reyes, J. (2020).** Desigualdad y ollas comunes para combatir la pandemia. *CIPER Chile.* Recuperado de <https://www.ciperchile.cl/2020/06/19/desigualdad-y-ollas-comunes-para-combatir-la-pandemia/>

**Rodríguez, A., & Winchester, L. (2001).** Santiago de Chile: Metropolización, globalización, desigualdad. *EURE (Santiago)*, 27(80), 121-139.

**Urzúa, A., & Caqueo-Urizar, A. (2012).** Calidad de vida: Una revisión teórica del concepto. *Terapia psicológica*, 30(1), 61-71.

**Vidal, B. (9 de junio de 2021).** "Las ollas comunes son necesarias": Organizaciones siguen entregando alimentos en Pudahuel. *Diario Tropicón.* Recuperado de <https://www.tropezon.cl/2021/06/las-ollas-comunes-son-necesarias-organizaciones-siguen-entregando-alimentos-en-pudahuel/>